

Venezuela: la suerte de un populismo

Resumen:

El chavismo venezolano es un ejemplo de populismo clientelar rentista de enfrentamiento social. Presentamos sus características principales, y la medida en que tanto continúan como se separan de las tradiciones políticas precedentes en Venezuela. Discutimos finalmente sus posibles evoluciones a partir de la actual situación crítica del país.

Palabras clave:

Venezuela. Populismo. Chavismo. Maduro. Rentismo. Clientelismo.

Summary:

The Venezuelan Chavism is a case of rentier-clientelist populism of social confrontation. We explain its main characteristics, and the degree in which they follow or differ from the preceding political traditions in Venezuela. We conclude discussing possible evolutions, starting from the current critical situation of the country.

Key words:

Venezuela. Populism. Chavism. Maduro. Rentier State, Clientelism.



Raúl González Fabre
U.P. Comillas

Cuando escribimos estas líneas, la situación de Venezuela es extrema. Desde el punto de vista económico, el país sufre una hiperinflación¹ que sigue a un desabastecimiento masivo; desde el punto de vista social, sus tasas de criminalidad solo son superadas por Honduras y El Salvador²; y desde el punto de vista político cualquier división de poderes ha desaparecido, apenas queda prensa, radio o TV libres, hay casi 200 presos políticos y el país se encuentra al borde del enfrentamiento civil, precariamente atenuado por una comisión de negociación convocada por la Iglesia, de muy incierto futuro.

Este es el tramo terminal de la versión chavista del populismo. Hugo Chávez empezó su presidencia el año 1999, tras ganar las elecciones de 1998 representando al "pueblo" frente al "puntofijismo" de la "IV República", esto es, la democracia clientelar que constituía entonces el régimen constitucional. Nicolás Maduro, su sucesor desde 2013, afirmó el pasado 4 de noviembre que: "Esa gente (*la burguesía*, esto es, la oposición) no entrará más por aquí, ni por las buenas ni por las malas, ni con votos ni con balas entrará más nunca a Miraflores (el palacio presidencial), no volverán (...) más allá del símbolo, está

Recibido: xxxx - Aceptado: xxxx



un pueblo que tiene el poder”³. El populismo se ha constituido así en dictadura porque no se trata del pueblo electoral (“ni con votos”) sino de un pueblo metafísico (“la revolución”).

Es una dictadura ya muy impopular: la oposición ganó al Gobierno las elecciones parlamentarias en 2015 por 56-41%⁴; Maduro ha utilizado todos los medios del Estado —incluidos el Consejo Electoral y el Tribunal Supremo, que básicamente le obedecen— para bloquear al Parlamento en sus funciones constitucionales e impedir un referéndum revocatorio en su contra. El referéndum revocatorio constituye un derecho electoral establecido en la Constitución (art. 72), para el cual se hubieran reunido fácilmente las firmas (20% del censo). Puesto que las cosas están bastante peor que en 2015, una diferencia de 30 puntos en contra del Presidente sería un pronóstico conservador para ese referéndum; por eso no va a haberlo, diga lo que diga la Constitución. Negar un derecho electoral reconocido en la Constitución, constituye una buena definición de dictadura.

En este artículo vamos a repasar algunas de las características típicas de los populismos, analizando cómo se aplican al chavismo en Venezuela, y en qué sentido ha evolucionado y podría evolucionar.

¿Qué es el populismo?

El populismo no es una ideología sino una manera de plantear la política. La clave del populismo consiste en la división política de la sociedad en dos grupos excluyentes: el pueblo, las mayorías, la

gente, los de abajo..., por una parte; y las élites, la burguesía, los de arriba, los privilegiados..., por otra. El antagonismo fundamental sobre la que se construye la política no es pues derecha-izquierda sino abajo-arriba. El líder del partido populista es el campeón de los de abajo en esa justa.

Algunos autores discuten que el término “populismo” esté suficientemente definido como para ser útil en el análisis. Nosotros creemos que sí lo está; a lo largo del artículo notaremos con qué significados puede usarse para entender el proceso político venezolano.

Otro inconveniente es que “populista” (como “neoliberal”) constituye un término fuertemente connotado, que solo se usa contra los enemigos políticos. Ningún partido se llama a sí mismo “populista”, como no se llama “neoliberal”. Ese es un obstáculo más grave desde el punto de vista del análisis; sin embargo tendremos que soportarlo porque carecemos de otra palabra mejor para denotar esta forma de plantear la política (en el caso de los “neoliberales”, basta con llamarles “liberales”, y ya tenemos un término que ellos se aplican sin problema a sí mismos). Quizás notando que hay tipos diversos de populismos, con evoluciones posibles también diversas, consigamos eliminar en parte la connotación de insulto político que la palabra ha adquirido últimamente.

La metafísica del pueblo y del líder

La defensa de los intereses de ciertos grupos sociales, también de los pobres o de los perdedores en determinado cambio social, cabe dentro de maneras muy diversas de hacer política. De entre ellas, el populismo se caracteriza y se diferencia por construir su discurso alrededor de una ‘metafísica de los de abajo’.

En todos los populismos resulta esencial un cierto juego de las identidades. Las identidades de personas y grupos, sobre todo en las sociedades urbanas contemporáneas, son múltiples, plurales, y en buena medida electivas. Para establecer dos bandos sin zonas compartidas, es preciso reducir la identidad pública a un solo rasgo, prescindiendo de otros

rasgos que podrían introducir matices y favorecer puntos de encuentro. Ello define el ser de los nuestros (el pueblo, los trabajadores, los de abajo, los verdaderos franceses...) como opuesto al ser de los otros (las élites, los banqueros, los de arriba, los inmigrantes...), que fácilmente pasan de adversarios a enemigos.

El siguiente paso consiste en volver ese rasgo identitario una característica metafísica inmune a los altibajos de las opiniones. El líder populista es el representante metafísico del pueblo, su encarnación política podríamos decir. El es la mayoría *por definición*, no importa si tiene menos votos que otro candidato, porque los "verdaderos x" (la verdadera gente, los verdaderos venezolanos, el verdadero pueblo...) son precisamente quienes le apoyan. La ciudadanía, que implica igual valor político de todos los votantes, debe ser relegada como identidad porque no divide sino unifica: no ofrece una buena base para la política populista.

Sobre esa identidad cristalizada en un solo rasgo, es posible pensar la política como una confrontación con el otro. Y a partir de esa confrontación, se opera la fusión metafísica entre el líder, el partido, el gobierno y el Estado. El elemento que subsume a los demás es el líder: para su permanencia se modifica la Constitución, se organiza el partido, se liquida la independencia de los poderes del Estado, se coopta la prensa, se inunda el país de propaganda personalista, se emplean los recursos públicos para ganar elecciones... Poner en duda algo de ello significa dar armas y espacios a la identidad opuesta, al enemigo.

Arrinconar la democracia (libertades) en nombre de la democracia (gobierno de los nuestros, por definición 'el pueblo'), requiere una mentalidad de guerra. El populismo tiende a cultivar esa mentalidad, necesita estar 'en guerra' contra un cierto enemigo interno, cómplice de peligrosos imperialismos externos. Los americanos, el mundialismo, los chinos, la Unión Europea, la Gran Banca Mundial, las transnacionales, los africanos multitudinarios en sus pateras... Elige un enemigo para cohesionar políticamente a tus partidarios contra él, y a continuación haz notar que ese enemigo lejano es representado en el país por el verdadero *target* de la confrontación política que te alzarán al gobierno.

La metafísica del pueblo tiene ventajas no solo para el líder, sino también para los seguidores que la interiorizan. Además de lo tranquilizador de comprender un mundo cada vez más complejo a partir de un solo rasgo, el populismo implica apostar por que "uno de los nuestros" ocupe el Estado, y por tanto ponga los poderes públicos, hasta ahora secuestrados por "los de arriba", a nuestro servicio.

Dependiendo de la cultura política de la sociedad, ello puede cobrar un segundo significado. Cuando se trata de una política clientelar (como ocurre en la mayor parte del mundo, Venezuela incluida), la presencia de "uno de los nuestros" en el poder no solo promete decisiones públicas favorables a 'los de abajo' entre los que me cuento, sino además abre una vía de acceso personal a lo que se reparta desde el poder. Podré llegar a las prebendas otorgadas por el gobierno a través de intermediarios mejor situados que yo: la familia, algunos amigos y amigos de amigos, el partido populista... Seré por fin 'alguien', en virtud de los contactos que tenga y que pueda hacer con los nuevos amos del poder.

La tranquilidad psicológica que da el populismo a sus partidarios no debe desdeñarse. En un mundo incierto, de circunstancias tecnológicas y económicas bamboleantes, la respuesta que me mantendrá en camino de prosperar aunque sea modestamente, estriba en que *el otro cambie*, no yo. No tengo que esforzarme por una oportunidad en la competencia internacional, sino que el líder populista me va a salvar de esa competencia. Si no progreso, es por culpa de otro, del enemigo de identidad. Ese otro no va a cambiar por las buenas, porque precisamente actuando como actúa está teniendo éxito; cambiará entonces por las malas, si le damos todo el poder del Estado al líder populista.

Ambos aspectos, el referido al líder y el referido a 'los de abajo' que le siguen o deberían metafísicamente seguirle, se concentran en el significado de la elección. Al votar por el candidato populista no se elige un presidente para administrar el Estado sino un salvador para liderar una confrontación social. En los populismos, esa confrontación puede plantearse de dos maneras distintas; de ellas derivan dos formas de concebir al adversario y hablar de él.

Entre democracia liberal y dictadura popular

El populismo constituye un intervalo dentro de un continuo que va de la política democrática estándar (la democracia liberal) a la dictadura popular. Quizás por eso la dificultad en fijarlo conceptualmente: siempre es más fácil delimitar el blanco y el negro que los grises. En nuestro caso, la definición puede hacerse tomando en cuenta dos aspectos:

- (1) el mecanismo electoral como medio de acceso al poder, y
- (2) el respeto al Estado de derecho en el ejercicio del mismo poder.

En la política democrática los líderes del Ejecutivo y el Legislativo son seleccionados por algún procedimiento electoral libre, limpio e imparcial (*fair*, una palabra de difícil traducción), en que los detentadores del poder deben abstenerse de usar los recursos públicos para ganar las elecciones. Además del mecanismo electoral, la política democrática supone la toma de decisiones colectivas dentro de un Estado de derecho *efectivo*, en que todos los ciudadanos son fundamentalmente iguales ante la Ley, hecha valer por un poder judicial independiente. La identidad esencial de la política democrática es el ser ciudadano.

En el continuo de política democrática a dictadura, la diferencia crucial consiste en la calidad *efectiva* de las elecciones, y en la medida en que la igualdad de todos ante la Ley *efectivamente* opera. Ningún régimen afirma en su discurso público que solo sostiene falsas votaciones cuyo resultado está predeterminado por el mismo poder. Ningún régimen declara que la Ley no es igual para todos sino que se aplica de manera muy diferente a quienes ayudan a sostenerse al gobernante en el poder y a quienes lo desafían. Y sin embargo, cuando las dos cosas ocurren a la vez de manera *efectiva*, llamaremos a eso una dictadura, sean cuales sean los discursos con los que se legitima.

El populismo se sitúa en medio. Se mantiene en pie el mecanismo electoral, al menos hasta el punto de que no se falsean los resultados. No suelen ser elecciones imparciales —*fair*— desde el punto de

vista del uso de los medios del Estado, por ejemplo, pero sí en el recuento de votos. Por otra parte, el Estado de derecho no funciona efectivamente. Cuando una de las partes parezca sospechosa de querer arrebatarse el poder al líder, este utilizará contra ella todos los poderes a su alcance, incluido el judicial. La igualdad efectiva ante la Ley desaparece en el terreno político, y frecuentemente también en el económico, porque hay intereses empresariales directamente ligados al entorno del líder, que financian su permanencia en el poder, etc., los cuales deben ser “bien tratados” por las inspecciones del Estado, los jueces y semejantes, mientras que al revés, las empresas y los intereses económicos sospechosos de “moverle la silla” al líder tienen una vida administrativa y judicial especialmente difícil.

El populismo, encontrándose entre medio de la democracia liberal y la dictadura, puede moverse en una o en otra dirección: un régimen populista puede transformarse en dictadura para evitar perder el poder por elecciones, como está ocurriendo en Venezuela; o puede irse convirtiendo en política democrática, reforzando elementos del Estado de derecho, respecto al que se concibe como una fase de transición de la política tradicional de contactos personales a una política moderna de igualdad ciudadana ante la Ley. La presidencia de Alejandro Toledo en Perú puede ser entendida así, por ejemplo.

La suerte del populismo no está por tanto escrita: le cabe moverse en sentidos opuestos. En buena medida ello depende de hasta qué punto el líder de ‘los de abajo’ entienda su misión en términos verdaderamente societales, o meramente faccionales. La manera en que se plantee el antagonismo entre identidades políticas, genera dos tipos de populismos.

Populismos de conciliación y populismos de enfrentamiento

En América Latina solía usarse como ejemplo típico de populismo al peronismo. Por décadas la pareja Perón-Evita representó al pueblo argentino en sus aspiraciones frente a las multinacionales, el

empresariado local y sus cuadros profesionales, los terratenientes... Perón comprendía su rol de 'campeón de los pobres' no en términos de un enfrentamiento con los grupos empresariales, sino en términos de una posición fuerte para la negociación con ellos (el "justicialismo"). Era un populismo que quería volver la confrontación en conciliación, que no pretendía la destrucción de la contraparte sino un pacto de convivencia con ella para repartirse los frutos de la modernización de la Argentina.

El populismo de conciliación fue frecuente en Latinoamérica en la segunda mitad del siglo pasado. Se pensaba una herramienta adecuada para incorporar a las masas populares a la modernidad económica (usando la fuerza de su número en la negociación con los sectores más desarrollados de la sociedad) y a la modernidad política (como una suerte de paso intermedio de la política tradicional de caudillos a una política propiamente democrática, a través de un populismo de caudillos democráticos).

Desde comienzos del siglo XXI, ese populismo ha dejado paso a otro, en que la conciliación ha sido sustituida por el enfrentamiento. La élite es ahora el enemigo que debe vencerse. Marine Le Pen lo expresa muy bien al principio de su libro *Pour que vive la France* (2012):

Haré aquí un análisis del proyecto mundialista, del rol desempeñado en su realización por nuestras élites políticas, mediáticas y financieras, de la guerra que ellas conducen contra el pueblo, la República y la Nación, y de la violencia contra la democracia a la que están resueltas para mantener su lugar. (Traducción nuestra; original en francés).

Los populismos de enfrentamiento no definen un adversario al que presionar en la negociación, sino un enemigo al que vencer en nombre del pueblo. Ese enemigo es quien tiene éxito en las nuevas condiciones económicas, y "el pueblo" son los que están fracasando o temen fracasar en ellas, quienes se ven retroceder desde su anterior nivel de ingreso real, y se sienten mal preparados para el éxito en un mundo distinto a aquel en que crecieron.

Las condiciones a las que se enfrentan 'los de abajo', esas que les desconciertan y parecen dejarles fuera de juego, han sido generadas por "los de arriba"

como leyes del Estado y de la economía. No resultan de nuevas situaciones tecnológicas, económicas o geopolíticas de escala global, sino de la voluntad de las élites que, al definir así el juego social, se aseguran su éxito continuado aunque sea a costa del fracasado progresivo de los demás. La conciliación con esas élites deja de tener sentido; más bien es preciso derrotarlas en cuanto tales élites, de manera que el líder del pueblo establezca nuevas condiciones bajo las cuales la gente de la calle también pueda tener éxito en la vida.

Los populismos de enfrentamiento están en auge electoral, qué duda cabe. La globalización económica viene moviéndose en direcciones que dejan fuera de juego cada vez más a más gente que confiaba en los Estados nacionales para un modesto éxito económico personal y una regular seguridad de la cuna a la tumba. A partir de la crisis de 2007, se ha hecho patente que puede contarse menos con el Estado para ello. Es lógico rechazar un sistema que no deja lugar para mí.

Por otra parte, a diferencia de lo ocurrido en etapas anteriores de la modernización económica, el éxito de las empresas y los empleados de élite cada vez depende menos de la sociedad de origen. Eso hace menos creíbles los populismos de conciliación, y más difíciles de predicar como salida para los de abajo. El desenganche de las "élites" globalizadas respecto a la "gente" (personas y empresas) que deben limitarse a competir en un mercado nacional porque no serían capaces de más, resulta más verosímil que hace cincuenta años. Las "élites" globalizadas se ven con fuerzas para desempeñarse en un mercado global; la "gente" quiere precisamente cerrar el mercado nacional a la competencia global, porque han desesperado de cualquier éxito en esta última.

La historia populista de Venezuela

El régimen anterior a Chávez comenzó en 1958 con el abrupto fin del gobierno del general Marcos Pérez Jiménez. El nuevo régimen se constituyó pronto como un populismo de conciliación donde dos grandes partidos (Acción Democrática y Copei),

obtenían del empresariado una porción mayor del valor agregado por la economía moderna para los venezolanos del común, a cambio precisamente de fomentar esa economía moderna y evitar el enfrentamiento social, que los comunistas y el ala izquierda de Acción Democrática propugnaban.

Bajo tal concepción, las 'élites' empresariales y profesionales serían los *adelantados* de la sociedad en tener éxito en la economía moderna, facilitando puestos de trabajo en esa economía que a su vez ayudaran a la población a pasar de una cultura productiva tradicional, concentrada en el sector primario, a una moderna centrada en la industria y los servicios. Al incorporarse a una economía moderna, los venezolanos de a pie podrían beneficiarse además de sus productos materiales (de consumo personal, de infraestructura y servicios sociales).

El objetivo último de este populismo de conciliación era la modernización económica y política del país. En un gran avance respecto a lo que venía siendo la historia venezolana, rica en caudillismos personales, el representante populista del pueblo no fue tanto un líder como dos partidos. Para evitar la personalización del poder se estableció la no-reelección del presidente en los dos periodos siguientes a su ejercicio presidencial (diez años). Se trataba pues de un régimen que pretendía moverse hacia una economía moderna y hacia una política ciudadana, usando un esquema populista de partidos como paso intermedio.

Durante las décadas de 1960 y 1970, la modernización económica ocurrió en buena medida. Al final de los '70, Venezuela tenía en razonable funcionamiento todas las estructuras básicas de un Estado de bienestar moderno; la población urbana había crecido hasta más allá del 80%, facilitando así la provisión de servicios básicos; y la educación pública funcionaba como canal de ascenso social en virtud del cual casi la mitad de la población podía ya considerarse económicamente moderna (en el sentido de competitiva en cualquier contexto de mercado).

El proceso de modernización populista se detuvo a comienzos de los '80, hizo crisis con la devaluación de 1983, y a partir de allí mostró grandes debilidades estructurales incubadas en las décadas precedentes. La más importante de esas debilidades, madre de las demás, fue el carácter rentista del populismo venezolano de conciliación.

Venezuela es un país de gran abundancia de hidrocarburos y minerales. Esa riqueza, por el derecho minero heredado de España, pertenece al Estado, que cuenta así con una fuente importante de ingresos independiente de la sociedad. Con ella, el populismo de conciliación "engrasó" el pacto de clases sociales: en ese pacto podía repartirse más que el valor agregado por trabajo+capital en la producción; estaba también la renta petrolera. Lo que recibían "los de arriba" más lo recibido por 'los de abajo' superaba a lo que la sociedad venezolana producía, gracias a la renta del subsuelo.

Ello tuvo graves consecuencias. Por ejemplo, impidió la creación de una cultura de negociación social, porque era posible satisfacer a todas las partes a la vez sin mucho esfuerzo, generando "una ilusión de armonía"⁵. Las dificultades de cohesión social que la sociedad venezolana arrastraba desde la colonia se profundizaron en vez de irse superando en la negociación.

Además, la presencia de la renta petrolera desligó las expectativas de la producción social. El éxito económico de muchos dependía más y más de su capacidad de apropiarse renta, no del valor agregado en la producción de bienes y servicios. Ello generó unas expectativas de progreso económico personal más rápido incluso que la subida del ingreso fiscal por hidrocarburos, lo que los gobiernos populistas resolvieron endeudando al país para mantener la conciliación de clases.

La abundancia de recursos del Estado no provenientes de la sociedad, y el hecho de que el acceso a la renta petrolera se volviera un camino importante de éxito económico, facilitó además formas muy diversas de corrupción. La 'maldición de la renta petrolera' hizo que ningún negocio resultara más rentable que apropiarse de ella, por medios legales, semilegales o abiertamente criminales, de forma que muchas actividades económicas constituían en realidad procedimientos de apropiación de esa renta más que de producción de valor en el mercado o por el Estado.

La crisis se desató cuando el gobierno venezolano dejó de poder financiarse en los mercados internacionales. Entonces, en diversas fases a lo largo de años, debió devaluar, cobrar más impuestos, reducir severamente los subsidios, protecciones y sueldos

públicos reales... La corrupción no disminuyó, sino al contrario: en el río revuelto de un Estado debilitado por la crisis, se volvió especialmente sangrante.

Esa crisis destruyó el pacto populista entre clases, que en el fondo era un pacto ficticio. Ello se notó como una divergencia del ingreso real de las clases más modernas de la población respecto al de 'los de abajo'. Tras una década de esa dinámica, el resentimiento del segundo grupo respecto al primero se había consolidado, y cuando en 1992 hubo dos intentos de golpe de Estado, estos tuvieron gran aprobación popular. El segundo gobierno de Rafael Caldera (1994-1998) intentó rectificar la situación rehaciendo la conciliación de clases, pero entre el bloqueo político por parte de los dos grandes partidos populistas (Caldera se presentó afuera de ellos), la crisis bancaria heredada, y los bajos precios de los hidrocarburos en el mercado internacional, no lo consiguió.

Antes había ocurrido un intento en dirección distinta. Los jóvenes tecnócratas que ocuparon las carteras económicas en el segundo mandato de Carlos Andrés Pérez (1989-1993), claramente inspirados en ideas liberales, trataron de reconstituir la economía venezolana desde una lógica de mercado, no de distribución de renta petrolera por el Estado (esa renta había bajado, y de todas formas había que pagar una abultada deuda externa). El programa tuvo relativo éxito económico en los tres años que duró, pero fracasó políticamente a las tres semanas de iniciarse (el llamado "Caracazo" de 1989). Fue interpretado por la población como otra argucia de los 'de arriba' (el sector moderno de la economía y la población, aproximadamente un 47% de la población) para apropiarse por entero de la renta petrolera, dejando a 'los de abajo' (el otro 53%) condenados al fracaso en un mundo de mercados abiertos, donde apenas podían contar ya con el Estado.

Un nuevo populismo

Solo desde esta historia se comprende el paso de un populismo de conciliación a uno de enfrentamiento que realizó Hugo Chávez. Su llegada al poder fue totalmente democrática, pero supuso desde el



comienzo un retroceso en la modernización política. Con Chávez se volvía abiertamente a los caudillismos que habían marcado la historia venezolana desde la Independencia en 1830 hasta 1958, y del que ya había muestras claras en la década anterior (Pérez y Caldera fueron elegidos en sus segundos periodos como "personalidades salvadoras" con poco o ningún apoyo de los grandes partidos populistas).

La 'metafísica del pueblo y el líder' ha sido cuidadosamente cultivada por el chavismo. El enemigo es llamado 'la burguesía', e incluye básicamente a todos los sectores modernos de la sociedad venezolana, sus clases empresariales y profesionales. Frente a él, el 'pueblo' tiene por campeón a Chávez, ahora a Maduro. Chávez cultivó un Bolívar de carácter semi-divino, y Maduro ha hecho lo mismo con Chávez tras su muerte. El objetivo de esos procesos de mitificación es conseguir una adhesión al chavismo independiente de los resultados económicos y sociales de este, que prepare una legitimidad independiente de sus resultados electorales. El espantajo de los Estados Unidos se agita cuando conviene, para reforzar la idea de un enemigo común que cohesione a la base chavista.

Al mismo tiempo, el régimen ha ido eliminando, a lo largo de los años, los elementos del pluralismo político en la sociedad venezolana. Es imposible hacer aquí la historia completa de ese proceso, pero mencionaremos algunos hitos fundamentales:

- (i) En sucesivos cambios constitucionales, Chávez introdujo la reelección presidencial indefinida, volviéndose así candidato perpetuo (hasta su muerte). Para moderar el obvio retroceso personalista, la Constitución introdujo la posibilidad del referéndum revocatorio a mitad de mandato, el mismo que Maduro está negando a la vista del resultado probable.
- (ii) Los recursos del Estado han sido usados masivamente para asegurar la victoria de los candidatos del Gobierno, no solo en los periodos de campaña electoral, sino también ligando el reparto posterior de la renta petrolera a los resultados de las elecciones, cuando estas eran territoriales (de alcaldes o gobernadores, por ejemplo).
- (iii) La libertad de prensa, radio y TV ha sido severamente restringida por canales muy diversos, desde el uso abusivo de la prerrogativa presidencial de dirigirse al país en cadena nacional de radio y TV, hasta la compra de medios de oposición por partidarios del gobierno, la denegación o el retraso de la importación de papel para la prensa, la persecución judicial de periodistas opositores...
- (iv) Los poderes judicial, electoral y contralor han perdido toda independencia respecto al ejecutivo. Cuando uno de los poderes del Estado (el Parlamento) se le ha escapado al gobierno por decisión popular, ha procedido a bloquearlo, quitándole sus atribuciones constitucionales por medio del Tribunal Supremo.
- (v) La oposición ha sido parcialmente criminalizada, con casi doscientos presos políticos en este momento, de nuevo usando un poder judicial enteramente colonizado.

Estos no son defectos políticos exclusivos de Venezuela, claro está. En una medida u otra pueden encontrarse en muchos otros regímenes, y también (en medida bastante más modesta) en la Venezuela anterior a 1998. Pero lo esencial es la línea de su evolución: un populismo puede moverse hacia un Estado de derecho más efectivo, o bien hacia la dictadura. En el caso venezolano, la evolución durante

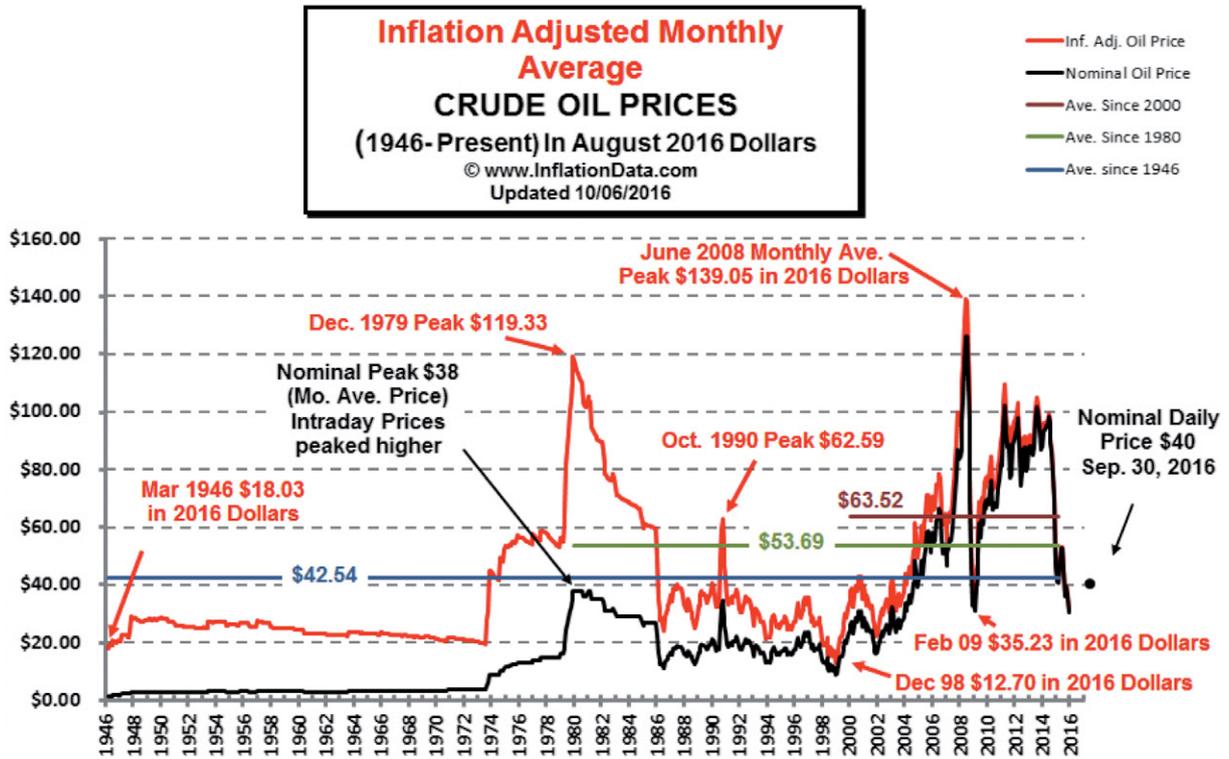
la década de 1989 a 1998 iba en la dirección de mayor Estado de derecho, pero el populismo chavista de enfrentamiento la ha revertido desde 1999.

La ineficiencia económica del populismo rentista de enfrentamiento

El rentismo es necesariamente ineficiente desde el punto de vista económico. Podría parecer lo contrario: que disponer de algunos recursos extra permitiría acelerar la inversión y el desarrollo, y a la vez reducir el conflicto social. Pero lo cierto es que la idea de usar el petróleo para inversión en lugar de para consumo, no funciona en un país de población pobre.

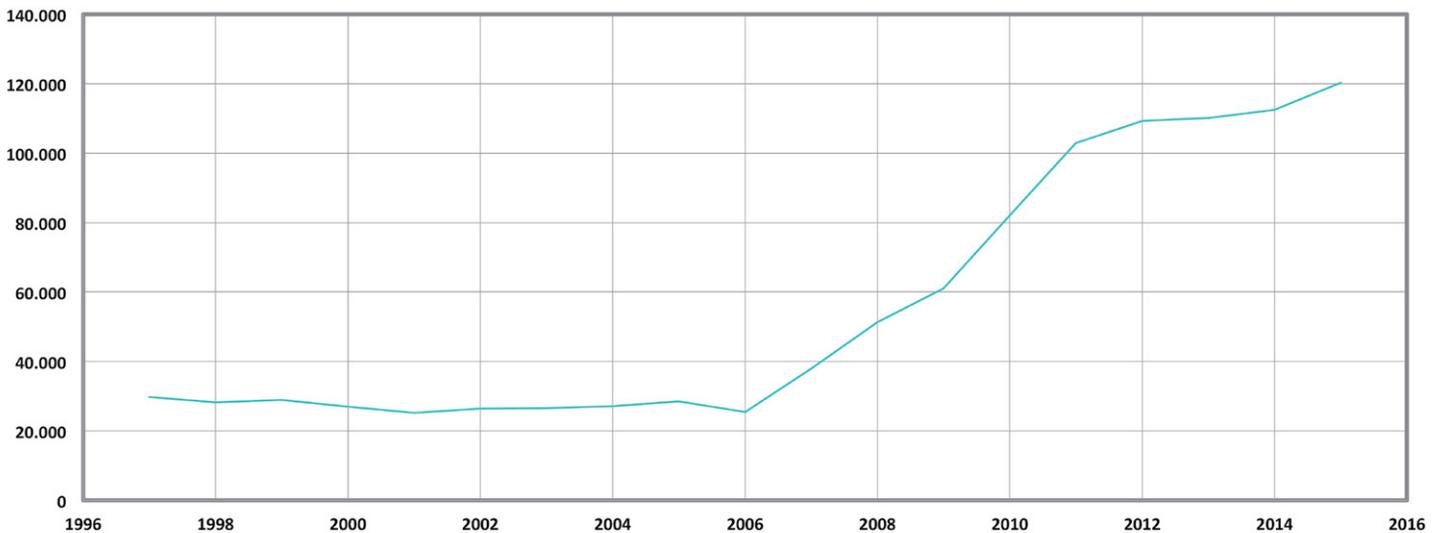
Por una parte, buena parte del ingreso petrolero se desvía de derecho (como subsidios a los bienes de consumo masivo, salarios de un Estado sobredimensionado, bajos precios de los productos importados...) o de hecho (a través de la corrupción o de falsos gastos de inversión...) hacia el consumo y/o el ahorro privado afuera del país. Y por otra parte, lo que en verdad se invierte en actividad productiva o en las bases para ella (infraestructura...), al no provenir del ahorro de la población, carece de punto de referencia económico real. Se emprenden a menudo iniciativas económicas de poca rentabilidad, por las que nadie paga porque el dinero perdido proviene del subsuelo, no del trabajo societal.

El rentismo plantea además otro problema: la dependencia del ingreso fiscal de unos precios internacionales muy volátiles y básicamente fuera del control del gobierno venezolano. El precio internacional del petróleo era del alrededor de 13 por barril (USD de 2016) cuando Chávez llegó al poder, llegó a 139 en 2008, y se encuentra ahora en torno a 40 (ver Fig. p. 9, arriba), sin muchas perspectivas de subir a largo plazo, por el *fracking* y el fin del bloqueo a Irán. La reacción habitual de un gobierno populista en Venezuela consiste en incrementar el volumen de la deuda externa cuando las expectativas de su base electoral no pueden ser satisfechas con solo la renta petrolera (ver Fig. p. 9, abajo).



Fuente: <http://inflationdata.com/articles/charts/inflation-adjusted-oil-prices-chart/>

Deuda pública externa Venezuela (MM USD nominales)



Fuente: Banco Central de Venezuela. fu11d5d0d2edtcia.r.wolrdssl.net/custom/downloads/2_4_5.xls

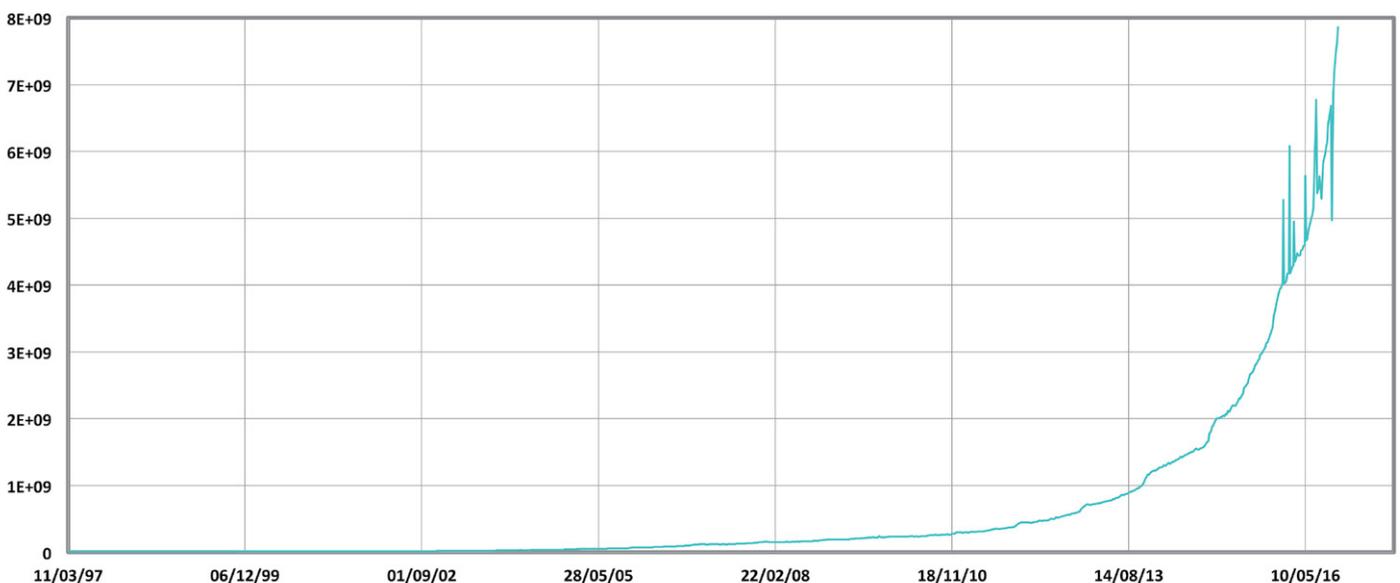
Sobre estos problemas endémicos de la economía venezolana, el populismo de enfrentamiento ha añadido otros dos. En primer lugar, su deriva política ha implicado una mayor desarticulación de los ya tambaleantes mecanismos de control del gasto público. Tanto la corrupción como el uso directamente político de fondos por el Estado, han crecido rápidamente como consecuencia de la erosión de la división de poderes.

El segundo problema es que el chavismo ha señalado como enemigos del pueblo a las clases y organizaciones más modernas de la sociedad venezolana. Renacionalizó empresas que han vuelto a producir pérdidas al Estado, expropió unidades agropecuarias e industriales perfectamente productivas, se paralizó básicamente la inversión privada venezolana en el país y han subido los márgenes y garantías que las compañías transnacionales requieren para contratar con el Estado, ha motivado la salida del país (hacia Estados Unidos, Panamá, Chile, Ecuador, Perú, Colombia, y el sur de Europa, sobre todo España) de cientos de miles de profesionales y emprendedores jóvenes...

Mientras el precio del petróleo subía, el Estado pudo cargar económicamente con el país, y se observó alguna reducción de la pobreza resultado de un mejor reparto de la renta petrolera, no de una mayor producción. Cuando el precio empezó a bajar, todavía el Estado pudo mantener sobre sus hombros los suministros básicos endeudando al país. Cuando esa vía se agotó a su vez, encontramos la actual situación de desabastecimiento masivo de alimentos y medicinas, junto con una inflación reflejada en el aumento de la masa monetaria (ver Fig. abajo).

Como además queda poco sector privado para producir los bienes básicos, a ello se une una dependencia masiva para la sobrevivencia de las entregas del Estado, lo que efectivamente el chavismo hace privilegiando a su base electoral a través de los Comités Locales de Abastecimiento y Producción (CLAP), creados en abril de 2016. Esto no está funcionando especialmente bien, de manera que aunque Maduro ganó las elecciones presidenciales de 2013 por la mínima (50,6-49,1%⁶) y perdió por más de 15 puntos las elecciones parlamentarias de 2015, quiere a toda costa evitar una votación sobre su propio puesto como Presidente en un referéndum revocatorio.

Liquidez Monetaria M2 (en Bolívars Fuertes)



Fuente: Banco Central de Venezuela. fu11d5d0d2edtcjar.wolrdssl.net/custom/downloads/1_2_1.xls

Perspectivas

La situación económica venezolana es muy mala, hasta el punto de que se requiere la apertura de un canal de ayuda humanitaria internacional para medicinas al menos. El gobierno no lo permite, sin embargo, por cuanto supondría reconocer el propio fracaso. Sus medidas fueron inicialmente hacia una mayor intervención del Estado sobre los canales privados restantes de producción y distribución, a través de planes de emergencia confiados a los militares. Como es obvio, en el mejor de los casos esos planes pueden distribuir los *stocks* remanentes, pero no reponerlos, porque ni la producción ni la importación con recursos privados van a ocurrir a pérdida.

Esa situación, sin embargo, tiene dos salidas obvias. La primera es que el chavismo abra de nuevo espacio a una economía regular de mercado, permita el final de las distorsiones de precios y canales de distribución que él mismo ha introducido, y limite los recursos del Estado a ayudar a quienes no puedan acceder a los bienes básicos a esos precios. Podría pensarse que eso es lo que hace hasta cierto punto con los CLAP y la liberación de importaciones de alimentos en las últimas semanas. El problema es ahora principalmente de ingresos, porque los bienes llegados por libre importación están fuera de las posibilidades de cualquier asalariado o pensionista en una economía con todos los demás precios reales distorsionados, comenzando por los del trabajo y la moneda⁷. La hiperinflación resulta difícil de reducir sin un acuerdo político de fondo. El chavismo está utilizándola más bien para empobrecer a las bases sociales de la oposición, y hacer más dependientes a las suyas propias. Una lógica de enfrentamiento, no de acuerdo contra un enemigo común.

Otra alternativa sensata sería dejar el problema a la oposición, esto es, permitir el referéndum revocatorio o adelantar las elecciones presidenciales, a cambio de una amnistía general y algunas garantías de representación en el Estado, que permitan al chavismo seguir como el principal partido de oposición (le queda una intención de voto de entre el 20 y el 30%, según las encuestas, lo que constituye un buen punto de arranque). Esos arreglos no son desconocidos en América Latina: así terminaron las

dictaduras de Pinochet en Chile o de los sandinistas en Nicaragua, y la guerrilla en El Salvador, por ejemplo. Los respectivos movimientos políticos volvieron al poder al cabo de algunos años. Este camino supone reconocer la legitimidad democrática de la oposición, y replantear el populismo chavista en términos modernizadores, al menos en lo político.

¿Por qué no toma el liderazgo chavista ninguna de estas dos alternativas obvias, sino que prefiere elevar la presión con medidas que no pueden ser efectivas, arriesgándose a que todo explote en una rebelión masiva, un golpe de Estado, o una guerra civil? Una posibilidad es ciertamente ideológica, es decir, que haya creído su propio discurso de buenos metafísicamente buenos (ellos) y malos metafísicamente malos (la oposición), donde la mayoría popular no es algo que se tiene, se gana o se pierde en altibajos electorales, sino algo que se es. La influencia ideológica cubana podría ir en esa dirección, pero resulta difícil creer que a estas alturas pueda encontrarse en el poder una tal concepción adolescente de la política.

Otra explicación posible es la contraria: el cinismo absoluto. El liderazgo chavista querría solo explotar al país, seguir enriqueciéndose a costa del ingreso estatal legalmente manejado o corruptamente despiestado, vivir en el privilegio sin importarles la suerte de los pobres o que el proceso termine en un baño de sangre sobre un país en ruinas. Para entonces ellos se habrían ido a disfrutar afuera de las cuantiosas sumas acumuladas. Hay sin duda indicios que apuntan a motivaciones así en algunas de figuras del grupo en control del Estado en Venezuela, pero resulta difícil concebir que esa sea la actitud del grueso del liderazgo chavista. En muchos casos, quizás la mayoría, su preocupación por los pobres debe suponerse genuina por más que su acción de gobierno haya resultado contraproducente en grado de desastre.

Aunque ambas explicaciones se intentan para entender la actitud del chavismo, es poco verosímil que el grueso de su liderazgo, incluso su Líder supremo, sea tan tonto, tan malo, o la combinación de ambas cosas. Hay otras dos explicaciones más plausibles.

La primera consiste en que Maduro está intentando ganar tiempo, a ver si suben los precios del petróleo.

Con ese ingreso adicional podría paliar la situación de abastecimiento e inflación, para importar lo que Venezuela no produce ni va a producir con la actual estructura económica. Si esa es la esperanza del chavismo, es improbable que se realice en los plazos largos; menos con Trump en el poder en Estados Unidos, de quien cabe esperar una política de autosuficiencia petrolera muy favorable a la industria extractiva local.

La segunda posible explicación, más preocupante pero difícil de afirmar con certeza, consiste en que haya suficientes sujetos complicados con el narcotráfico dentro del alto liderazgo político y militar del chavismo, como para formar una minoría de bloqueo capaz de impedir cualquier acuerdo que signifique perder el poder del Estado y quedar a tiro de la agencia americana antinarcóticos (DEA). Los Estados Unidos han demostrado perdonar a los protagonistas de dictaduras de todos colores, a corruptos de cualquier entidad siempre que no les hayan robado a ellos, y también a los antiamericanos más vociferantes. Nada de ello queda fuera de un arreglo. Pero hay dos cosas que no perdonan, una es el terrorismo contra sus ciudadanos, y otra el narcotráfico. El chavismo venezolano no parece complicado en manera alguna con el primero; pero ello es más incierto respecto al segundo, aunque tampoco pueda (ni deba) afirmarse con certeza.

La hipótesis que desea como verdadera la mediación de la Iglesia y la mayoría moderada de la oposición, consiste en que la rigidez de Maduro constituya solo una estrategia negociadora, y que al final una salida acordada sea posible, incluyendo la reconversión del chavismo en un populismo democrático como hizo en su momento el peronismo. Ojalá estén en lo cierto, porque en otro caso las perspectivas para Venezuela son muy negras.

NOTAS

- ¹ <https://www.cato.org/research/troubled-currencies?tab=venezuela>
- ² "Homicide counts and rates", <https://data.unodc.org>
- ³ <http://globovision.com/article/maduro-presenta-balance-de-la-gran-mision-vivienda-venezuela>. Citamos aquí por una fuente desde hace unos años favorable al gobierno venezolano.
- ⁴ http://www.cne.gob.ve/divulgacion_asamblea_2015/
- ⁵ Naim, M.; Piñango, R., (1984): El caso Venezuela: *una ilusión de armonía* (Ediciones IESA).
- ⁶ http://www.cne.gob.ve/resultado_presidencial_2013
- ⁷ A la altura del 4 de diciembre de 2016, el salario mínimo mensual es de Bs 90.811, mientras el dólar libre cotiza a 4.402,55 (dolartoday.com/indicadores/). El salario mínimo supone pues 20,6 USD mensuales, al comprar alimentos importados. En euros € 19,5; para comparación, en España el salario mínimo es a la misma fecha € 655,2.

Currículum Vitae

- * **Raúl González Fabre.** Ingeniero y doctor en Filosofía. Profesor de Ética y Economía en ICADE-U.P. Comillas (Madrid). Director de entreParéntesis.org.